

DIÁSPORA

Ningún cerebro humano es mejor que otro al nacer, en cualquier rincón del mundo. El cerebro es, sin duda, la principal fuente de riqueza, la única energía realmente sostenible, renovable e inagotable con la que cuenta el ser humano.

España se ha permitido el lujo de tirar cerebros a la basura durante siglos, lo que equivale a un crimen histórico contra la inteligencia, el mismo delito que se comete hoy cuando se recorta el presupuesto de educación. Recuerdo a algunos compañeros de escuela en el pueblo, cuyo talento fue desperdiciado por la pobreza de la posguerra. Eran inteligentes, despiertos, ávidos por aprender. Pudieron haber sido escritores, médicos, científicos. A varias generaciones de niños como aquellos con los que yo jugaba en el recreo, la España negra de la Dictadura solo les dejó las manos para trabajar. En pleno Franquismo tres millones de personas tuvieron que irse de peones a Europa a ganarse la vida huyendo del hambre y de la persecución política. Exactamente igual que los que ahora llegan a las puertas de España buscando un futuro mejor y se encuentran con un rechazo frontal de una parte de la población a la que lo que le falta es memoria.

El desprecio de nuestro país por la inteligencia ha producido varias diásporas. En el siglo XV los cristianos expulsaron del país a los judíos y a los moriscos; cuesta imaginar la pérdida de talento que aquello supuso. Paralelamente, la “Santa” Inquisición llevó a la hoguera o metió en las mazmorras a cientos de mujeres sabias y



valientes y también a todos aquellos que se atrevían a pensar. La historia de nuestra monarquía es la de la persecución de todo aquel que discrepase del poder. Francia e Inglaterra son los dos países que más se han beneficiado de la llegada de escritores, pensadores e intelectuales de nuestro país, que tuvieron que huir durante siglos para salvar el pellejo. Llegados al siglo XX, medio millón de republicanos fueron condenados al exilio al final de la Guerra Civil. Nuestros

mejores cerebros abandonaron España siendo acogidos en su casi totalidad por países hispanoamericanos. La mayoría de ellos nunca volverían a pisar esta tierra.

En estas últimas décadas asistimos a una nueva diáspora. La falta de inversión en investigación está detrás de esta nueva fuga de cerebros. Jóvenes científicos, biólogos, ingenieros, tenazmente preparados aquí, cuya energía intelectual es la única fuerza genuina para verdaderamente regenerar un país, se van fuera a dar sus frutos. La maldición de siempre. Parece que no aprendemos.

Manuel Vicent, El País (adaptado)